

LEYENDA DE LA DAMA SHINDO Y EL SHOGUN KITAY

Pedro VÍllora

Niños, queridos niños. Vosotros que escucháis, sabed que un día próximo, más cercano cada vez, seréis hombres y dueños de la ciudad. Gobernaréis igual que ahora vuestros padres gobiernan sobre vosotros, y el placer de los juegos masculinos embriagará vuestros pechos y la fortaleza de los músculos desarrollados. Sabéis muy bien de qué estoy hablando, porque todos habéis sorprendido las miradas de los mayores, y nadie hay a quien no hayan llegado rumores de conversaciones intuidas, vagamente perceptibles.

Los niños que en otro tiempo reposaréis la fatiga de las nocturnas francachelas, empezáis a vislumbrar, conocéis ya, la existencia recoleta del matiz diferencial. Las oís, las veis, las tocáis todavía sin la malicia adorable del goce sensitivo, pero con la certeza inarticulada del deseo potencial. Así sus manos similares a las vuestras, los dedos cortezuelos de uñas recortadas, roídas por tizas y agujeros en el barro. Ellas también escarban, ahondan, profanan, abren huecos, y la tierra se introduce y deja surcos, cuarteas la piel aún fina, delicada aún no.

Todo está en vosotros, advertido cuando el grupo se disgrega tras la lucha común y los camaradas os vais uniendo, guiados por una afinidad para nada pretendida, natural, una casualidad no generada, no voluntaria, de resultas que al final del juego los participantes os dividís y os separáis, y por un lado os marcháis vosotros, todos juntos, en tropel, o formando pequeñas y, eso lo ignoráis, corruptibles alianzas; y en otra dirección, otra parte, van ellas, más individuales en una aparente mayor unión, más personales, poseedoras de una cualidad, no tan egoísta pero más mezquina, característicamente femenina.

Vosotros sois graciosos, alegres, pero ellas saben más. Su listeza es más aguda y a la par más susceptible, y en vuestra inocencia primordial, rudimentaria, sospechan un engaño, rumian una argucia en verdad inexistente, pero no se lo digáis. Dejadlas creer que tras el descuido aparente escondéis la inteligencia, que sois demasiado poderosos como para estarlo continuamente demostrando. A ellas les basta así; prefieren sentirse sometidas por una voluntad inquebrantable que no advertir la inseguridad que en el fondo os domina. Os interesa que siga igual. Callad.

Y callad también ahora; reuníos junto a mí pero en silencio. Pensad que sois devotos acudiendo a la llamada de la Verdad divina. Vuestro error, en todo caso, sería escaso y disculpable. Es necesario que me oigáis porque os voy a entretener, y así, sin daros cuenta, recibiréis una lección fundamental, una moraleja que no formularé pero que un día habrá en que se os revele como una aparición, una irrupción sublime y en verdad, verdad, divinizada. Por tanto os conviene escuchar y olvidar después; dejaos llevar por la anécdota, por la sugestión de una palabra que ya procuraré os sea seductora. Y cuando calle yo también, después, disgregaos en algarada a la manera militar, ruidosa y festiva, único influjo que de manera inmediata pretendo provocar. Toda otra cuestión, toda otra enseñanza no os debe preocupar. Pensad en lo que queráis, mejor cuanto más intrascendente y masculino, pero que mi historia no os quite el sueño ni os cause la menor inquietud. Ni ella ni su narrador lo merecemos ni está en nuestra ambición. Un discreto desapego es lo adecuado. Sólo así la historia podrá actuar con libertad, modificando vuestro espíritu sin barreras que coarten su poder, lo sabréis, liberador.

La historia comienza hace muchos, muchos años, en el centro del viejo Japón, donde entonces aún existía la ciudad de Nié. La ciudad de Nié era próspera, fuerte, la mayor y más importante de una comarca de extensión imprecisa pero enorme, no delimitada. A ella acudían de todas

las ciudades del contorno para abastecerse de las más selectas mercancías y rendir pleitesía al shogun Kitay. Oímos su voz:

-Yo soy el shogun Kitay, señor de la ciudad de Nié, el más grande samurai sobre la tierra.

Y así era, sin duda. Una afirmación sin asomo de bravuconería. Una afirmación sólo permisible a un hombre como el shogun Kitay, quien había guerreado con todos aquellos señores, muchos de ellos magníficos y temibles, que habían osado enfrentársele para, sin excepción, sucumbir bajo el yugo de su espada y la astucia de sus dotes de estrategia. Ambas son cualidades típicas que distinguen al héroe del guerrero, lo acompañan. Por ello el shogun Kitay era un hombre feliz.

-Soy un hombre feliz, envidiado. Tengo todo aquello que los dioses puedan conceder.

No prejuzguéis ni condenéis a correprisa. Sólo un hombre sin malicia puede permitirse el autohalago sin rondar la vanagloria, y, en el caso que nos ocupa, eso que os podría parecer orgullo estéril no era más que una fiel constatación. El shogun Kitay no mentía ni pretendía hacer ostentación de unos dones inmerecidos. El shogun Kitay, en su inocencia, sólo hablaba de verdad. Pensad si no: poseía tierras, riquezas, gentes y todo cuanto creáis imprescindible para alcanzar eso que comúnmente, y lo común es la base de la sociabilidad, se entiende necesario para un goce pleno, o parcial si queréis, aunque gozoso, de la felicidad. Pero es que hay más, algo en lo que entiendo que hasta ahora no habéis reparado, o no bien, o no tanto como es natural que en poco tiempo ocurrirá. No os molestéis en sugerir, adivinar o elucubrar porque no está en mi intención discurrir sobre un secreto. Ese más tan importante, tan esencial como para ser, entre todas las cosas que poseía, y os aseguro que eran muchas porque de nada, o sólo de pobreza, de miseria, carecía, era la potencia que

albergaba entre sus piernas y que entretenía con los cuidados de la dama Shindo. Ella:

-Vamos, vamos. Preparad el sake y quemad hierbas aromáticas en las habitaciones, que esta noche viene nuestro señor.

De este modo, cuando el shogun regresaba de sus campañas de guerra, victorioso siempre, y tras pasar sin transición a despachar los asuntos de gobierno de la ciudad de Nié, la casa de la dama Shindo se preparaba para albergar a tan augusto señor. Los faroles rojos eran encendidos y colocados en su lugar para lograr una iluminación acogedora donde el guerrero dispusiese de un rincón para el sueño y la holganza, sin el contraste violento con las jornadas vividas en campos de batalla y entre sangres derramadas. Igualmente había un recuerdo de los gritos belicosos en las canciones tañidas por músicos ocultos tras bastidores o plantas ornamentales. Nada que el shogun pudiese extrañar faltaba, así que imaginad vosotros mismos, a vuestro gusto, el resto, y dejad que mientras haga su entrada en la casa el poderoso Kitay, huésped de Shindo:

-¿Dónde está la dueña de esta hermosa mansión?

-¿Quién pregunta por la triste esclava que habita esta humilde morada?

-¿Acaso no reconocéis ya al shogun Kitay, señor de la ciudad de Nié?

-¿Y desde cuándo el shogun Kitay pregunta por la dueña de esta casa, cuando todo lo que en ella se encuentra os pertenece?

-En tal caso sabed que desde ahora vos sois la única persona en Nié con derecho a poseer, y nada vuestro os será arrebatado si no lo consentís.

-Mi señor es demasiado generoso con quien no lo merece. A cambio no sé qué podría ofreceros que os pudiese satisfacer.

-Tal vez pudieseis contener el ave que hace ya rato que aspira iniciar el vuelo.

-En tal caso, dignaos descubrir el nido que tiene al pajarillo con la placidez de su descanso.

-Tomad vos misma aquello que debéis guardar.

-Con gusto acariciaré la cabeza del pájaro, que es más un halcón digno de tan gran cetrero. Pero en vez de nido será la cría que come del pico de su madre.

Éste y no otro, queridos niños, es el lenguaje de los mayores, que juegan con las palabras como vosotros con vuestras piedras y piezas de madera o marfil. Igual asimismo al fuerte construido con tres líneas en el suelo. No os preocupéis por no haberlo comprendido o, incluso, por haber entendido un sentido diferente al dado por ellos. No habéis tenido tiempo de cambiar la voz y vuestro sonido es frágil e igual de transparente que una lámina de vidrio. Aún debéis endureceros y ganar en espesor, en opacidad, en sobreentendidos. La madurez la denota el dominio, la maestría en la simulación. Ahora no es que no os sea preciso operar con subterfugios: es que os es imposible y además contraproducente. Si los mayores entre nosotros hablamos así es porque se han hecho convencionales las segundas intenciones, y en todo lo que decimos averiguamos un sentido diferente. Si alguno de nosotros pretendiese ser literal cometería un error, porque le sería entendido algo opuesto a sus deseos.

Sin embargo, para llegar a este grado de sutileza se hace imprescindible el paso previo por los mensajes diáfanos, familiarizándose con ellos hasta subvertirlos sin percance. Es así que vuestras relaciones con los seres femeninos son escasas e incompletas, pues no sabéis expresar vuestro interés por otro camino que el más corto, recto y menos fácil; tan intrincado que ninguno lo habéis logrado concluir. El pudor comprensible, el rechazo propio y el miedo al ajeno impiden que os acerquéis a ellas con el discurso inteligible al que tendéis por naturaleza, y es que no será sino con mucha experiencia que alcancéis a construir verdades con palabras de

mentira. No es extraño, pues, que prefiráis la relación con compañeros de una misma condición, con quienes todo es directo y carente de complicaciones. Entre vosotros os entendéis sin tamices que medien y distraigan la intención. La claridad os seduce, la precisión. No hay que acometer un proceso de indagación porque todo es bello y lícito y masculino. Por tanto os choca mi relato y os interesa, como avance de un futuro al que ya pertenecéis, y por eso acabo mi digresión y retomo la anécdota donde la dejamos, en la descripción de cómo una y otra vez el shogun Kitay iniciaba con la dama Shindo las últimas batallas del día, con el mismo placer, pero distinto, que las luchas fraticidas o las intrigas palaciegas, áulicas, y al fin la dama recogía en su cáliz el néctar de su señor.

El proceso es el mismo cada noche en casa de la dama Shindo, y es la misma su resolución, porque la repetición hace de la seducción una rutina, y la rutina una costumbre del descanso, y el descanso un sosiego del amor. Es así en la dicha de la edad con experiencia, y por eso los que ya no aman construyen un mismo techo para dos, en la esperanza de una calma para el final de los años de templanza; es un error, porque en ellos nace el rencor por los secretos descubiertos, y se crecen en la exigencia de anular los placeres compartidos. Pero esta realidad es conocida demasiado tarde por el hombre, y una nueva rutina lo tiene ya inmovilizado: la del oído sordo al amago de discusión. Aún no ocurría así cuando un día, en casa de la dama Shindo, mientras las esclavas desvestían a Kitay y lo perfumaban con esencia embriagadora, el shogun se fijó en una sirvienta desconocida. La joven era un capullo apenas florecido, una niña de ojos tan azules como jamás los viese Kitay. Y ante el poder cerúleo de las esferas, la virilidad del shogun trempó y trempó, pero entonces entró la dama Shindo y las muchachas se marcharon, y con ellas el ánimo de Kitay decayó. Por eso la dama habló así:

-¿Acaso mi señor aborrece mi presencia?

-¿Por qué decís eso vos, la más agasajada de las mujeres?

-Porque vuestro cetro no se alzó vibrante ante mi vista, como acostumbra. Más bien se escondió en un bosque inexpugnable. Permitidme que lo acaricie con las puntas de mis dedos y de esta manera vuestro perrito volverá a ladrar con alegría. Así, despacito.

-Dejad vuestros cuidados, dama Shindo. Ya veis que es imposible.

-¿Acaso soy yo la culpable de vuestra desgracia?

-Vos no, sino ese cachorro en cuyos ojos siempre es de día, hasta de noche.

-Ésa es una esclava extranjera indigna de vos y vuestro rango.

-Tal vez no sea digna de mi rango, como decís, pero siento que escalar sus cimas es el único riesgo que me haría revivir.

-¡Oh, excelso señor de la ciudad de Nié!, sabed que de ese higo jamás ha brotado gota de miel.

-Dama Shindo, bien sé que nada vuestro me pertenece. Por eso os pido que me deis a probar el sabor de su almeja cerrada.

-Esta sierva hará cuanto ordene su señor, aunque no tenga por ley que entregarle propiedad ninguna.

-A cambio de esa atención a mi persona, podéis tomar de mí aquello que más os guste.

-Shogun Kitay, poderoso señor, igual que ahora solicitáis lo que es mío, quizá algún día me pidáis que os retorne aquello que escoja.

-Poco prudentes son vuestras palabras, dama Shindo, pero aunque ese indómito potro no consiguiese que vuelva a cabalgar, por el Honor os digo que aquello que elijáis lo tendréis hasta el fin de los días.

Y con estas palabras terminó el shogun de hablar y se retiró a sus aposentos. Como ya sabéis, porque lo habréis visto hacer a vuestros padres, la manera en que Kitay dio por concluida la conversación es muy

similar, pero no igual, al modo en que acostumbran a finalizar las discusiones entre hombre y mujer, o incluso, a veces, entre los mismos hombres, cuando alguno de ellos se ha dejado vencer por afinidades femeninas.

Debéis saber, para comprender lo que digo, que una discusión no conlleva necesariamente la aplicación o el ejercicio de una violencia de raíz física, ya sea expresada en acciones corporales o en exclamaciones airadas propias de personas destempladas. La elegancia está en la mesura y en el saber que se calla justo aquello sobre lo que se está hablando y no se dice: alusión por elisión, omisión.

No es, de todos modos, una disputa lo que acabáis de escuchar, porque una de las posturas ha rehuido el enfrentamiento; a cuál me refiero es posible que no lo sepáis, y que os equivoquéis si os dejáis llevar por las apariencias más elementales. Sin embargo es bueno el error si se produce a vuestra edad, no más tarde, porque aprendáis así, de la experiencia de la insatisfacción, a reconocer el verdadero alcance de vuestra posición y la de vuestras contrarias. Recordad que en ellas el engaño es natural, pues en sus fines está la conquista de las voluntades masculinas a través del engatusamiento. Dominan el arte de la confusión y saben imponerse con intrigas ocultas tras la proyección de una improbable fragilidad.

No las creáis si se os entregan libremente, y desconfiad siempre del sentimiento de victoria: la sensación la saben manejar, extrayéndoos de la alerta. Por eso los mayores acaban entre gritos y arrebatos habiendo perdido la coherencia de sus argumentos. Por algo en cierto modo parecido, que no igual, abandonó el shogun la casa de la dama Shindo. Mientras, ésta marchó a preparar a la esclava para su señor.

Al día siguiente, la dama mandó recado al señor de Nié invitándolo a cenar, sin hacer alusión al motivo verdadero que inspiraba la velada. Kitay, que en todo ese tiempo había fracasado en sus intentos por afilar su lanza

de ataque, no necesitaba mayor explicación para entender la realidad del mensaje, así que aceptó ansioso y prometió su asistencia. Así, por la noche se presentó en la cena de la dama Shindo.

-¿Y bien?; ¿dónde está el soporte en que apoye mi báculo?

-Esperad, mi señor, que aún hay tiempo, y venid a degustar los manjares que tanto anheláis.

El shogun Kitay siguió a la dama Shindo y se tumbó ante las bandejas cubiertas con velos. Por supuesto, la comida era sólo un pretexto, pues la gula del varón se dirigía a una muy distinta dirección, pero la cortesía y las buenas formas no son incompatibles con la bravura del luchador, igual que la astucia dialéctica no se contrapone a la habilidad pugnante. El shogun estaba educado para oficios de hombres, pero ni sólo para esos ni la galantería es otra cosa que el más viril de los conocimientos prácticos.

En el suelo Kitay, y dispuesto para el banquete, la dama Shindo se arrodilló y procedió a descubrir los alimentos. Cuando seáis un poco más viejos de lo que ahora sois, pero no tanto como yo, no hará falta que otros os hagan ver la analogía que guardaba esta acción con la de despojarse de sus adornos el cuerpo femenino. No en vano la dama era mujer, y sabía que el deseo se excita ante el enigma que se entrevé y se supone pero que cuesta resolver y descifrar. Como la gasa leve que tantas veces envolviera su piel, la mujer inteligente alzó el velo que hacía suponer un preparado apetitoso. Al verlo, por contra, el shogun contuvo un estremecimiento que amenazó con alcanzar y conturbar su rostro, siempre inalterable. Sobre la mesa había aparecido el exterior de un vientre femenino con su puerta sin abrir. Junto a él, dos ojos azules nadaban en un charco de soja. El shogun Kitay miró a la dama Shindo, y la dama Shindo miró al shogun Kitay, y el shogun Kitay habló:

-¿Estáis satisfecha?

-Aún no, poderoso señor. Yo os he dado a probar las entrañas apetecibles e infranqueadas de la esclava, pero vos aún debéis cumplir la promesa hecha por el sagrado código del honor.

-Un samurai sólo tiene una palabra. Pedid vuestro pago.

-Poderoso shogun Kitay, señor de la ciudad de Nié, esta humilde sierva tan sólo desea en su poder el hurón que tantas veces albergó en su madriguera.

-Dama Shindo, pocas veces ha habido una mujer tan cruel y exquisita como vos, y sólo por eso merecéis tener aquello que habéis pedido. Pero para asegurar que sólo la muerte podrá arrebatároslo, los soldados que os lo entreguen os cortarán la cabeza inmediatamente después.

Si la dama era tan excepcional como aseguraba Kitay, no se sabe, pero muy posiblemente no. Tened en cuenta, queridos niños, que esta historia tuvo lugar hace muchísimo tiempo, casi incalculable, y de entonces a ahora han ocurrido muchas otras cosas y han existido muchas otras mujeres, y todas, no lo dudéis, muy parecidas a aquella señora del viejo Japón.

Lo cierto es que el shogun Kitay marchó a su palacio e hizo llamar a los médicos para ayudarle a cumplir su palabra. Y por su misma palabra se puso término al ser de la dama Shindo. Desde entonces, el shogun Kitay perdió su fuerza, y la ciudad de Nié fue asaltada por hordas de enemigos que la arrasaron hasta hacerla desaparecer, y de ella sólo quedaron las crónicas de los poetas para recordarnos los hechos que acabáis de escuchar y que se conocen como leyenda de la dama Shindo y el shogun Kitay, el castrado.